

Juan Oullier y sus perros que continuaban persiguiendo á la loba con incansable porfía.

—¡Voto á diez mil de á caballo! exclamó el marqués entusiasmado ya con los dos episodios anteriores: daría diez años de vida por hallarme en este momento entre San Esteban y la Guimariere, y enviar una bala á esa pícara loba. —De seguro se dirige al bosque del Gran Erial, respondió Mary. —No lo extrañaría, dijo Berta; pero casi apostaría á que volverá á los alrededores de su guarida, pues no es de creer que siga alejándose tanto de ella. —No hay duda que sería de preferir lo último, contestó Mary. ¡Recordáis, papá, aquel lobo que el año pasado nos hizo empeñar en una inútil carrera de quince leguas en diez horas? ¡Qué caza aquella! cuando regresamos los caballos estaban cubiertos de sudor y los perros iban renqueando y á duras penas podían andar, eso amén del chasco de haber encontrado á la postre de tanta fatiga un matorral vacío. —Ta, ta, ta, replicó el marqués; buena diferencia va del lobo de entonces á esta loba. Si lo preferís, podéis dirigiros hacia su madriguera: yo voy á apoyar los perros por la otra parte. ¡Ira del diablo! no se dirá que he permanecido ocioso al oír la voz de remate. —Nosotras os seguiremos dó quiera que vayáis, respondieron sus hijas. —¿Si? ¡adelante, pues, y á ellos! exclamó el marqués acompañando estas palabras con dos fuertes espolazos y lanzando el caballo á escape por la llanura.

Como el camino que seguía el marqués era sumamente áspero é intransitable por las zanjas que á trechos lo cortaban, los caballos tropezaban á cada paso, y á no recogerlos fuertemente sus jinetes, habrían dado en el suelo con ellos varias veces, por manera que era imposible llegar por vareda ni atajo alguno al bosque del Gran Erial antes que la caza.

Mejor montado que sus hijas, y pudiendo gobernar con mayor facilidad su cabalgadura, no tardó el marqués en ganarles algunos centenares de pasos, y aburrido ya de aquella trabajosa marcha, al ver un campo que se extendía á un lado del camino, entróse en él sin advertir á sus hijas. Ignorando estas aquella brusca evolución, continuaron su peligroso descenso á lo largo de la cuesta creyendo seguirle todavía.

Hacia ya cosa de un cuarto de hora que corrían alejándose cada vez más de su padre, cuando se encontraron de repente entre dos escarpados ribazos, entrelazándose por cima de sus

cabezas el ramaje de los árboles de ambas orillas, y detuviéronse creyendo oír los ladridos de la jauría.

De improviso, á corto trecho sonó un tiro y salió del vallado una grandísima liebre con las orejas ensangrentadas, mientras á la otra parte se oían furiosos gritos de «¡A ella, á ella! ¡tráela, tráela!»

Las dos hermanas creyeron encontrarse en un sitio batido por los vecinos, é iban ya á retirarse, cuando vieron que por el boquete que al pasar la liebre había abierto en el seto, salía ijadeando el *Ganso*, seguido de *Truán*, *Lebrós*, *Buitre* y *Dominó*, perros de su padre, todos corriendo anhelantes en dirección al llano trás la pobre liebre, cual si en aquel día no hubiesen trabado relaciones con otra caza más noble.

Mas apenas hubo pasado por aquella brecha la cola del último perro, cuando asomó por ella la cabeza de un hombre: era un joven de pálido y conmovido semblante, desmenados cabellos y hosca mirada que hacía esfuerzos sobrehumanos para que el cuerpo siguiese la cabeza por aquel hueco, y seguía gritando mientras se desprendía de las zarzas del seto: «¡A ella, á ella!» con una voz que Berta y Mary tomaron por la que momentos antes habían oído.

## VI

LA LIEBRE HERIDA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, N.M.

Como los setos vivos del Bajo Poitou están fuertemente entrelazados, el haber pasado una liebre y seis sabuesos al través de uno de ellos, no es razón para que el agujero que han abierto tenga las dimensiones de una puerta cochera; y cautivo el infortunado mancebo en aquella especie de guillotina, por más que forcejeó ensangrentándose el rostro y las manos, no logró adelantar ni una pulgada. Perseveraba con todo en tan desesperada porfía, cuando á lo mejor de sus esfuerzos le sorprendieron dos ruidosas carcajadas. Volvió asombrado la cabeza, y vió á las dos amazonas inclinadas sobre el cuello de sus cabalgaduras contemplándole con

30035



risueño semblante y sin tomarse el trabajo de disimular su hilaridad ni la causa de ella.

Corrido de haber excitado la risa de aquellas dos lindas jóvenes, y comprendiendo lo grotesco de su situación, el adolescente (pues frisaba apenas con los veinte años) trató de retroceder; pero estaba escrito que aquel vallado debía serle fatal hasta en su retirada, pues de tal modo se habían enredado las zarzas con los vestidos y las ramas con el zurrón, que le fué imposible lograr su intento, quedando atascado en el seto como en una trampa. Al ver esta nueva desventura del cazador, trocóse en convulsiva la risa de las dos espectadoras.

Entonces el pobre joven redobló sus enérgicos esfuerzos para salir del atolladero; pero al intentarlo retratóse tan vivamente la desesperación en su rostro, que Mary no pudo menos de conmoverse.

— ¡Basta, Berta! dijo á su hermana; ¿no reparas que le ofendemos?—Cierto que sí, respondió Berta; pero no puedo contenerme: he de reír aunque no quiera.

Y riendo efectivamente como una loca, saltó del caballo, y corrió hacia el mozo para prestarle ayuda, diciéndole:

—Caballero, me parece que no os sería inútil un poco de ayuda para salir de ese atolladero. ¿Queréis que mi hermana y yo os la prestemos?

Pero la risa de las jóvenes había picado el amor propio del mancebo mucho más aun que los espinos su epidermis, por manera que á pesar de las corteses palabras de Berta, no pudo olvidar la burla cruel que acababa de hacersele; y no dándose por entendido, determinó salir del paso á todo trance y sin auxilio de nadie, tentando el postrer esfuerzo. Enderezóse apoyándose en las manos para impulsar al cuerpo á la manera de los reptiles; mas, al hacer este movimiento, dió de cabeza en el tronco de un manzano silvestre, que la podadera del que formara el vallado había dejado con un borde sumamente fino, y rasgóle la piel con la misma facilidad que lo hubiera hecho la navaja mejor afilada. Creyéndose el joven gravemente herido, lanzó un grito, y la sangre que empezó á manar abundantemente de la incisión bañóle toda la cara.

Al presenciar esta desgracia, que tan involuntariamente habían motivado, las dos hermanas se precipitaron hacia él, cogieronle por los hombros, y aunando sus esfuerzos con un

vigor no muy común á su sexo y edad, lograron sacarle de aquella trampa y sentáronle en el césped.

No comprendiendo Mary la poca gravedad de la herida, inmutóse y empezó á temblar sobresaltada; mas Berta no era tan impresionable como su hermana, y sin perder la serenidad dijo:

—Corre al riachuelo, moja el pañuelo y veremos de restañar la sangre que le cubre los ojos.

Al alejarse Mary para hacer lo que su hermana la indicaba, preguntó al mancebo:

—¿Sufrís mucho?—Perdonad, señorita, respondió el interrogado: son tantas las ideas que en este momento se agolpan á mi cerebro, que casi ignoro si el dolor que experimento en la cabeza lo tengo dentro ó fuera.

Apenas hubo terminado estas palabras, cuando rompió á llorar, y con acento entrecortado por los sollozos, dijo:

—¡Ah! Dios me castiga por haber desobedecido á mi mamá.

Aun cuando el mancebo no contase veinte años era tan infantil su acento al pronunciar las anteriores palabras y tanto se desdecía de su alta estatura y de su equipo de cazador, que á pesar de la lástima que su herida las inspiraba, las dos jóvenes no pudieron contener otra carcajada.

Herido en lo vivo por aquel sarcasmo continuado, dirigióles el pobre mancebo una mirada suplicante y reprensiva asomando á sus párpados dos gruesas lágrimas; al propio tiempo llevóse con enojo la mano á la frente y arrancó el pañuelo que Mary acababa de aplicar á la herida.

—¿Qué hacéis? exclamó Berta. — ¡Dejadme! respondió despechado el joven; no me allano á admitir un socorro que se me hace pagar con tan pesada burla. ¡Oh! ¡cuánto me arrepiento de no haber seguido mi primer impulso! más me hubiera valido escapar, aun á riesgo de herirme cien veces más gravemente. —Muy bien, repuso Mary; pero ya que habéis tenido bastante juicio para no hacerlo, tenedlo ahora para que os vuelva á vendar la frente.

Y recogiendo el pañuelo, acercóse al herido con afectuoso interés, que sacudiendo el mancebo la cabeza con mayores visos de resignación que de rencor, contestó:

—Como os plazca, señorita. — ¡Cáspita! replicó Berta; ¿sabéis que para cazador sois muy susceptible?—Es que yo no soy cazador, señorita, y os aseguro que después del lance



que me acaba de pasar, tengo poquísimos deseos de serlo. —Dispensad, caballero, repuso Berta con el acento burlón que tanto irritaba al herido; mas al presenciar la obstinación con que luchabais poco há con las zarzas y las ramas, y el ardor con que azuzabais á nuestros perros, bien podía suponer que por lo menos aspirabais á este título. —Nada de eso, señorita: me he dejado arrastrar por un impulso del cual no acierto á darme cuenta, y al considerarlo ahora con sangre fría, comprendo con cuánta razon califica mamá de bárbaro y ridículo un pasatiempo que consiste en gozarse en la agonía y la muerte de los pobres animales indefensos. —Cuidado, caballero, replicó Berta: mirad que para nosotras, que tenemos la ridiculez y la barbarie de complacernos en ese pasatiempo, podríais muy bien asemejaros á la zorra de la fábula.

En esto volvía Mary de mojar de nuevo el pañuelo en el arroyo, y al disponerse á atárselo otra vez, el joven la rechazó diciendo con enojo:

—Nó, por Dios, señorita, guardad vuestra solicitud para mejor ocasión: ¿no estáis viendo que vuestra hermana sigue burlándose de mí? — ¡Ea! exclamó Mary con tierno acento; no seais testarudo.

Pero sin dejarse seducir por aquella voz tan insinuante, trató de ponerse en pié con ánimo de marcharse. Esta pueril terquedad exasperó á la irascible Berta, y aunque su enojo dimanaba de un sentimiento humanitario muy laudable, soltó algunas expresiones sobrado enérgicas y rudas para su sexo.

—¿Qué es eso? ¡pardiez! dijo, ni más ni menos que lo hubiera dicho su padre en idénticas circunstancias; ¡ese diablo de hombre es testarudo como un bretón! Puedes empezar á curarle, Mary; mientras tanto le sujetaré las manos, y trabajo le mando si quiere oponerse á ello.

Y así diciendo cogióle Berta las manos con tal vigor, que paralizó todos los esfuerzos del herido facilitando de este modo la tarea de Mary, quien con el pañuelo logró vendar la herida con una destreza que habría honrado á un discípulo de Dupuytren ó de Jobert.

—Caballero, dijo entonces Berta, ahora ya casi os halláis en estado de regresar á vuestra casa, y por lo tanto podéis volvernos la espalda sin tomaros siquiera la molestia de darnos las gracias: sois libre.

Mas á pesar de esta autorización, el mancebo permaneció inmóvil, sin despegar los labios y tan confuso como humillado de su debilidad ante dos mujeres de tanta entereza, mirando á Berta y á Mary sin poder expresar su estupor. Por último, para salir del apuro no encontró otro medio que taparse el rostro con las manos.

—¡Dios mío! exclamó Mary sobresaltada, ¿os ponéis malo?

Viendo que el joven no contestaba, Berta le apartó suavemente las manos de la cara, y al notar que lloraba á lágrima viva, se enterneció y manifestóse tan buena y compasiva como su hermana:

—¿Será más seria de lo que parece vuestra herida? le preguntó; ¿os hace mucho daño, que así lloráis? Si así es, montad en mi caballo ó en el de mi hermana, y las dos os acompañaremos hasta vuestra morada.

El mancebo hizo con la cabeza un ademán negativo.

—Vamos, añadió Berta insistiendo, ¡basta de niñerías! es cierto que os hemos ofendido; pero ¿cómo podíamos sospechar que bajo vuestra chupa de caza se ocultase la epidermis de una doncella? Con todo, nosotras hemos faltado y os pedimos mil perdones. Quizás observaréis que esta satisfacción no va acompañada de los requisitos indispensables en la forma; pero es preciso considerar la singular situación en que nos encontramos. Por otra parte, la sinceridad es cuanto se puede esperar de dos muchachas bastante dejadas de la mano de Dios para emplear el día entero en esa ridícula diversión que tiene la desgracia de desagradar á vuestra señora madre. ¡Ea! ¿nos guardáis todavía rencor?—Nó, señorita, respondió el mancebo: si con alguien estoy irritado, es contra mí mismo.—¿Por qué?—¡Qué sé yo! tal vez estoy abochornado de haber sido más débil que vos siendo hombre; tal vez es el temor de volver á mi casa.... ¿qué la diré á mamá cuando vea esta herida?

Las dos jóvenes se miraron sorprendidas por cuanto á pesar de ser mujeres no se habrían apurado por tan poca cosa; pero esta vez suprimieron la risa acordándose de la nerviosa susceptibilidad del mancebo.—Enhorabuena, pues, dijo Berta. Si no nos guardáis rencor, dadme un apretón de mano y despedámonos como buenos amigos.

Y tendió la mano al herido, cual hubiera podido hacerlo un hombre.



Iba éste á contestar con igual ademán cuando de repente Mary alzó un dedo como suplicándoles que prestasen atención.

—¡Pssit! ¡Silencio! dijo Berta á su vez.

Y púsose á escuchar atentamente como su hermana, con la mano levantada á la altura de la mitad de la curva que debía describir para encontrar la del mancebo.

Oíase á lo lejos un confuso rumor de ladridos, los cuales iban acercándose gradualmente. Eran los de una jauría próxima á devorar la *ralea*.

Aquella jauría era la del marqués de Souday que no tenía las mismas razones que las jóvenes para permanecer en aquella hondonada, y se había lanzado tras de la liebre casi mordéndole el rabo. Berta tomó apresuradamente la escopeta del mancebo cuyo cañón derecho estaba descargado; haciendo éste un ademán como tratando de impedir algún accidente funesto, bastó una sonrisa de la joven para tranquilizarle. Berta introdujo rápidamente la baqueta en el cañón cargado, como suele hacerlo todo cazador precavido antes de servirse de una arma cargada por otro, y observando que estaba bien preparada, dió algunos pasos manejándola con una soltura que demostraba la costumbre de usar armas de fuego.

De repente apareció la liebre atravesando el vallado sin duda con intención de seguir el camino, mas al ver á nuestros tres personajes, retrocedió asustada. Sin embargo, á pesar de la prontitud con que lo hizo, la joven tuvo tiempo para apuntarla; disparó, y el animal cayó rodando al camino.

Mientras esto sucedía, Mary había reemplazado á su hermana y tendido la mano al mancebo; y durante algunos segundos, ambos habían estado aguardando el resultado de aquella escena, con las manos enlazadas.

Berta fué á buscar la liebre, y dirigiéndose al desconocido que continuaba estrechando la mano de Mary, le dijo:

—Tomad, caballero: ya tenéis una excusa.—¿Cómo?—Decid que la liebre se ha alzado á vuestros piés, que la escopeta se ha disparado por sí sola á causa de vuestra precipitación, y rogad á vuestra madre que os perdone prometiéndola no reincidir jamás. La liebre será para vuestra defensa un testimonio que realzará las circunstancias atenuantes.

El mancebo movió la cabeza con aire de duda y abatimiento, y contestó:

—Es imposible; jamás me atreveré á confesar á mamá mi desobediencia.—¿Os ha vedado rigurosamente la caza?—Sí, señorita.—¿Y lo hacéis á hurtadillas en tierras vedadas?—repuso Berta; empezáis precisamente por donde los demás acaban! Atrévéos ahora á decir que os falta la vocación.—No os chanceéis, señorita; habéis sido tan bondadosa conmigo, que no me atrevería á reconveniros y me causaríais un pesar doblemente amargo.—En este caso, dijo Mary, no os queda más recurso que mentir, recurso al cual ni vos queréis apelar ni nosotras queremos induciros. Yo creo que más os valdría confesar francamente la verdad, pues por grande que sea la aversión de vuestra madre hacia este ejercicio y su cólera por haber infringido sus órdenes, vuestra sinceridad aplacará su enojo. Al fin y al cabo no es un crimen tan horrendo la muerte de una liebre.—¡Vuestra madre tendrá un genio terrible! añadió Berta.—Nada de eso, señorita; por el contrario, es tan tierna y bondadosa para mí, se anticipa con tanta solícitud á todos mis deseos, satisface con tan cariñoso afán todos mis caprichos, que bien puedo darle ese gusto. ¡Oh! ¡en esta parte es inexorable! Pero su prevención se concibe muy fácilmente, pues por desgracia es harto justificada: ¡mi padre murió en una cacería!

Ambas se estremecieron al oír estas palabras.

—Perdonad, caballero, dijo Berta, con la misma gravedad con que el mancebo las había pronunciado; nuestras chanzas han sido tan pesadas como crueles, y aunque nosotras ignoráramos esta triste circunstancia, sentimos en el alma nuestra ligereza: me lisonjeo de que olvidaréis nuestras bromas, no acordándoos sinó del sentimiento que experimentamos por ellas.—Sólo me acordaré, señorita, de los cuidados que me habéis prodigado, y confío que también os dignaréis olvidar mis pueriles temores y mi necia susceptibilidad.—Sí tal, caballero, respondió Mary: nos acordaremos de ellos, para no volver á cometer con otro las faltas que justamente podéis reprocharnos y cuyas consecuencias han sido tan desagradables.

Al decir Mary estas palabras, Berta había vuelto á montar á caballo.

El mancebo tendió de nuevo y tímidamente la mano á la



primera, quien se la tocó con la punta de los dedos, montando á su vez de un salto.

En seguida llamaron á los perros que corrieron á reunirse en torno de ellas, y espoleando á los caballos se alejaron rápidamente.

El herido permaneció algunos minutos como clavado en el sitio en que se encontraba, sin hacer un gesto, sin exhalar un suspiro, hasta que desaparecieron en un recodo del camino.

Dejó caer entonces la cabeza sobre el pecho y quedó un rato pensativo.

Sigamos á este nuevo personaje, con quien necesitamos trabar conocimiento.

## VII

### EL SEÑOR MICHEL

Habíase conmovido de tal manera el mancebo con esta escena, que cuando hubieron desaparecido las dos hermanas le pareció salir de un sueño.

Y era muy natural. Hallábase entonces el mozo en el período de la existencia en que hasta los seres destinados á ser algún día fríos y positivistas pagan su tributo al idealismo novelesco, y aquel imprevisto encuentro con dos doncellas tan diferentes de las que estaba habituado á ver cada día le trasportó al mundo fantástico de las primeras ilusiones, en donde su imaginación pudo vagar á su sabor tras de los maravillosos castillos contruidos por las hadas, que á medida que avanzamos van derrumbándose sucesivamente á entrambas orillas del camino de la existencia.

Sin embargo, no tratamos de suponer que se hubiese enamorado de ninguna de las amazonas; sinó que al ver aquel extraordinario portento de belleza, de distinción y de elegantes y varoniles maneras, se sintió poseído de curiosidad extremada.

Arrastrado por este sentimiento, propúsose *verlas de nuevo*, ó cuando menos averiguar quiénes eran.

Como si el cielo se hubiese complacido en satisfacer sin dilación su curiosidad, al encaminarse á casa, encontró á quinientos pasos á un hombre con polainas de cuero, un cuerno de caza sobre la blusa, una carabina cruzada á la espalda y un látigo en la mano, andando aprisa y con aire mal humorado. El mancebo creyó que sería algún picador de la cacería, que acompañaba á las jóvenes, y con semblante alegre y sonrisa atractiva, se dirigió á él diciéndole:

—Amigo, andáis en busca de dos señoritas, ¿no es eso? y si no me equivoco, una monta un caballo castaño y la otra una yegua rodada.—Os equivocáis, y mucho, respondió brutalmente el de la blusa: en primer lugar, no soy vuestro amigo, puesto que no os conozco; y luego, yo no busco á ninguna señorita, sinó á mis perros que un imbécil ha despistado cuando estaban persiguiendo á un lobo, haciéndoles correr tras de una liebre que acababa de errar como un chambón.

Mordióse los labios el mozo, y el hombre de la blusa, á quien sin duda habrán conocido nuestros lectores por Juan Oullier, prosiguió:

—Sí, señor, yo lo estaba viendo desde lo alto de la Benate de donde bajaba después de azucar á los perros, y os aseguro que de buena gana hubiera dado la prima que me cede el señor marqués por encontrarme cerca de las espaldas de ese mal criado.

Ni remotamente se le ocurrió al aludido reclamar en el desenlace de esta escena el papel que su interlocutor le reservaba á su principio, y sin hacer caso del apóstrofe de Juan Oullier, sólo se fijó en una palabra, diciendo:

—¡Ah! ¿con que vos servís al señor marqués de Souday?

Juan Oullier miró al soslayo al torpe que en tan mal hora le interrogaba.

—Yo á nadie sirvo, contestó el viejo vendeano; sólo dirijo la jauría del señor marqués de Souday porque así me place, tanto por mi gusto como por el suyo.—¡Es particular! dijo el mancebo en voz baja y como hablando consigo mismo: ¡seis meses hace que estoy con mamá en este país y nunca había oído decir que el marqués de Souday estuviera casado! —¿Nó? pues yo os lo participo, caballero, le contestó agriamente Juan Oullier; y si tenéis algo que replicar, puedo enseñaros todavía otras muchas cosas, ¿testamos?

Pronunciadas estas palabras en tono amenazador, cuya